
Adolfo de los Santos Sánchez-Barbudo

“De la urbanidad y otros valores”

33

Hace algunos meses, después de nuestro encuentro en Santiago, Óscar Herreros me ofreció una colaboración en esta revista, en la que expondría comentarios míos sobre distintos temas en relación a la infancia y adolescencia que tuvieran interés para nuestros lectores. En un principio no tenía clara mi intervención, ya que publicar algún trabajo suponía una estructuración metodológica que escaparía de lo que en un principio pretendo, que es exponer mi forma de pensar sobre cualquier tema de actualidad. El estilo de mi proceso del pensamiento ha arrastrado a lo largo de la vida elementos epistemológicos, fenomenológicos, históricos, literarios y humanistas, que han conformado mi forma de ser como comunicador.

No tenía claro ni lo que era en sí mi aportación ni el título que aglutinara todas estas entregas a lo largo de estos meses o años (no sé cuanto puede durar esta aventura que inicio), pero como todas las cosas que comienzan en la

vida, lo bueno es dar el primer paso, y después ya veremos.

Después de meditarlo algunos días, pensé que el título tendría que estar en relación con quien soy, con el momento de mi vida, con la sociedad en la que vivo y con quienes podrían leerme. Sé que estoy a una altura y a una distancia suficientes para ver (no mirar) las cosas desde un punto de vista que tiende –no siempre lo consigo– a lo más cercano al sentido común.

Partiendo de esta base, busqué palabras que describieran esta situación y vinieron a la mente: cabezo, montículo, alcor, otero, loma, collado, colina y altozano. Las analicé todas y escogí “altozano”, palabra muy sevillana, que significa “cerro o monte de poca altura en terreno llano”.

Como apasionado por mi ciudad preferí el altozano porque estoy más cerca de la gente, y porque decir ALTOZANO es decir Triana, Guadalquivir y Sevilla, que es donde he vivido

los últimos sesenta años. Pero el altozano trianero está al otro lado del río, es decir, Sevilla se contempla desde lejos. Estoy en Sevilla pero no es Sevilla. Estoy en una loma lo suficientemente alta para contemplar la realidad desde otro plano, pero lo suficientemente cerca para ver las cosas con otras perspectivas. Así presiento la manera que le va a dar un sentido a esta colaboración que voy a tener en nuestra revista.

La visión desde el altozano va a ser una visión muy mía, impregnada de aciertos y errores, y si no llegan a ser entendidos como errores sí como aseveraciones dignas de críticas y de posibles complementaciones. En cada entrega abordaré temas generales y/o específicos de la sociedad, familia, infancia y adolescencia de este siglo XXI que transcurre.

Desde hace años estamos viendo como se hunde poco a poco esta sociedad del mal llamado estado del bienestar. Una sociedad en crisis social (permítanme la contundencia) en la que hemos intervenido todos, desde los estados hasta los ciudadanos. Una sociedad que se volvió loca con el bienestar, y en la que el concepto de ahorro era parangonado como una ñoñería, puesto que lo acertado era derrochar con la ayuda nefasta de los bancos, que su vez se enriquecían más. Y el final de la aventura ya lo sabemos: todos endeudados, incluso los bancos y cajas de ahorros. Consecuencia de esa actitud global de matiz relativista: “¿y por qué no?”. Primero accedo a mi deseo, sea cual sea, y después me planteo cómo lo pagaré. “Para dos días que vamos a vivir, ¿me voy a privar de un automóvil de alta gama?”... Y se convirtió la dinámica social en un baile perverso entre gente voraz por consumir y dilapidar todo su patrimonio y los prestamistas, sumidos en el éxtasis orgiástico de la avaricia por las ganancias sucu-

lentas tras los créditos. A su vez, estos se endeudaban para agrandar su negocio. Y esta espiral creciente ha llevado a la explosión social en la que nos encontramos, afectando a la política, la convivencia, la educación y los estilos de vida de los ciudadanos que integran la sociedad.

Sólo se saldrá de la crisis si desde dentro de cada ciudadano hay una revolución interior que proceda de la autocritica de sus actitudes con él mismo y con la comunidad a la que pertenece. Incorporar las obligaciones y deberes, que se han diluido en ese mar tenebroso del bienestar total a cambio de tantos derechos. Derechos abusivos sin tener presentes, y por supuesto con un total desprecio e ignorancia, los derechos de los demás.

Debemos retomar el timón de nuestras vidas y dejar a un lado que “papá Estado” se haga cargo de tutelarlas plenipotenciariamente, enfrentándonos a él si es preciso. Tenemos que tener la cotidiana valentía en nuestro trabajo diario de informar con tenacidad tanto a los padres como a sus hijos que todo lo que quiera conseguir el ser humano sólo ha sido y será a través “del sudor de su frente”, y dejar de una vez por todas la idea que nos han vendido que por el simple hecho de ser votantes nos lo merecemos todo a cambio de nada. Tenemos que volver a incorporar a nuestro diccionario, y al de nuestras familias y sus hijos, las palabras “esfuerzo”, “superación”, “responsabilidad” y “compromiso”.

Hay conceptos y valores que se han perdido, y que en la actualidad duermen en la noche de los tiempos, en relación de la educación de los adultos hacia la infancia y la adolescencia.

En esta primera entrega, que he osado titular “De la urbanidad y otros valores”, voy a reseñar y comentar un opúsculo publicado por la Editorial F.D.T. de Barcelona en 1.929, y que

se titula “Cartilla Moderna de Urbanidad”. Esta obra tiene dos modalidades distintas aunque el formato es igual; una dedicada a los niños y otra a las niñas. Ambas abordan temas comunes tales como: la buena educación, el levantarse y el aseo, la educación en la calle, el colegio, la mesa, el juego, el paseo, las visitas, los viajes, el templo, la piedad, la caridad, la docilidad, la laboriosidad y la modestia.

Si indagamos en el DRAE (Diccionario de la Real Academia Española) el término “urbanidad” nos encontramos con lo siguiente: cortesanía, comedimiento, atención y buen modo”. Un sinónimo de cortesanía es “cortesía”, que se define como demostración o acto con que se manifiesta la atención, respeto o afecto que tiene alguien a otra persona. De esta se deriva “cortés”, es decir, persona que es atenta, comedida, afable y urbana. “Cortés” proviene de “corte”, que en su 12ª acepción aporta una definición muy interesante: “medio que se toma para cortar diferencias y poner de acuerdo a quienes están discordes”. Por otro lado, “comedido”, es aquel ser moderado, urbano y contenido.

Van apareciendo como veis palabras muy sugestivas a la hora de tener un proceso de pensamiento sobre el tema que aportamos en esta entrega: atención-respeto-afecto-comedido-afable-urbano-moderado-contenido. Si hacemos un juego con estas palabras observamos que nos están hablando de un estilo de comunicación entre los seres humanos. ¿Existe hoy día esa comunicación? ¿Es distinta a otros tiempos? ¿Cuál de ellas es mejor?

Hojeando por encima estos opúsculos se observan conductas y normas de los adultos que se tildan de represoras hacia la infancia y la adolescencia, y sin embargo, si comparamos

dichas actitudes con las de los últimos treinta años, nos podríamos plantear un debate muy enriquecedor.

En el Capítulo Primero (“De la buena educación”) dice el autor anónimo: “¿Cuál es el mayor bien y la mayor riqueza que puede tener un hombre ante los demás hombres?... La buena educación.

Un niño bien educado se contenta siempre con lo que le dan y no manifiesta en mala forma su desagrado; soporta las molestias y echa con gracia a buena parte las bromas pesadas; hace favores siempre que puede; es cariñoso y buen compañero y cede al gusto de los otros siempre que puede; se aparta de las malas ocasiones y de los compañeros que le incitan al mal; es siempre cariñoso y socorre. Sin embargo una niña bien educada acepta siempre sumisa y satisfecha el asiento que sus padres le ofrecen y recibe con humildad las repulsas y nunca miente para evitarlas. ¿Sería hoy día este niño o niña candidato a ser humillado o perseguido en la calle y/o en la escuela por sus compañeros?

Un niño mal educado escoge el asiento que más le gusta, hace el ridículo y da disgustos a sus papás; molesta sin miramiento alguno; molesta y escandaliza en la calle, llegando a veces a ser desvergonzado; quiere el bocado que más le satisface y, a veces, no sólo lo pide, sino que lo toma; se enfada y pone mala cara si le reprenden, aunque sea con mucho motivo; hace cosas muy feas y repugnantes que molestan a personas dignas de respeto. Sin embargo, una niña mal educada además se ríe de los defectos del prójimo; es cruel y comprometedora.

Después, en el Capítulo Segundo, aborda el tema “del acto de levantarse y del aseo”. En él destaca la cualidad que debe tener siempre un niño, la “diligencia”, es decir, tener cuidado y

actividad en ejecutar algo y hacerlo con prontitud, agilidad y prisa. Aparte aparecen orientaciones para una buena higiene corporal.

“La educación en la calle” es el contenido del Capítulo Tercero. En él aparecen normas muy estrictas sin respetar las edades de los niños, por ejemplo, “cuidando de no llamar la atención ni porque camine tan distraído que pase ante los conocidos sin saludarlos ni tan atolondrado que atropelle y moleste”. Deberán no cometer las siguientes faltas:

- 1º) Volver la cara para mirar a los que ya han pasado.
- 2ª) Acercarse a las ventanas bajas de las casas, para mirar lo que hay en las habitaciones.
- 3ª) Fijar la vista en las personas que pasan o que están en las ventanas.

El control de los adultos sobre el niño en su deambulación por la calle es total. No se consiente que pueda cantar o silbar ni andar con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Circulará siempre por el lado derecho y no por la acera izquierda. Nunca se detendrá si camina solo, y si se detiene para hablar con una persona mayor o un amigo, lo dirá a sus papás en llegando a casa. Si encuentra personas conversando y tiene que pasar entre ellas, pedirá dispensa antes de pasar. Si el niño acompaña a otra persona la dejará ir por la derecha, y si la acera es estrecha caminará detrás de ella. Saludará en su caminar a todos los amigos y conocidos y además a cuantos se molesten para dejarle pasar.

Por lo tanto será un niño bien educado si como buen cristiano, tiene la costumbre de santiguarse al salir de casa; va por la derecha, pero saluda y cede el paso a las personas dignas de respetos; toma el camino más recto sin entretenerse nun-

ca ni ponerse a jugar con nadie y da prueba de buenos sentimientos y de buena educación con los desvalidos. Al mismo tiempo otro niño será mal educado cuando sale de casa sin estar del todo vestido y a veces llega descompuesto a la calle; se detiene jugando con los amigos que le llaman, sin mirar con quién se divierte; se mete en todos los charcos, y gusta de asustar y escandalizar a la gente y molesta y atropella en la calle, aun a los ancianos más respetables.

Las niñas, además de lo anterior, específicamente para que sean bien educadas no deberán hablar muy alto o reír a carcajadas. En este contexto las describe el autor como seres más cándidos que los niños, hasta el punto que en las encrucijadas conviene mirar ante si vienen autos o tranvías que pueden atropellar, y fijarse bien donde se pone el pie para no caer, y deben poner más particular atención al volver las esquinas para no dar la espalda a quien la acompaña, y sobre todo para no chocar con los que vienen en sentido contrario. Una niña será mal educada si además se emboba fácilmente ante cualquier cosa y se detiene en la calle; anda tiesa y presumida llamando la atención por su caminar extravagante y molesta a toda la calle con otras niñas tan casquivanas como ella.

El Cuarto Capítulo aborda las actitudes de los niños y niñas en el colegio. Nada más que llegan por la mañana saludan respetuosa y brevemente al señor maestro y después se juntan con los demás. Cuando se les avisa que hay que volver a clase deben suspender el juego y la conversación, y se encaminan al aula en la forma que está mandado. La mayor obligación de los alumnos es la de respetar y obedecer a su maestro. Una vez sentados en clase deben evitar cruzar las piernas o alargarlas desmesuradamente. El alumno sólo se pondrá de pie cuando

el señor maestro lo mande, cuando hable con él y cuando entre en el aula algún superior o algún forastero. La falta que más molesta en el colegio es la falta de silencio, porque estorba a muchos y hace perder tiempo. Al ser preguntado en clase sobre cualquier tema deberá hacerlo pausadamente, pronunciando con claridad y sin repetir palabras ni frases. En cuanto a las relaciones con los compañeros el trato deber ser con paciencia y cariño, ayudándoles en todo lo que se pueda y esté permitido, y deberá evitar molestar a sus compañeros y reírse o burlarse maliciosamente de ellos cuando se equivocan al dar las lecciones. Por lo tanto una buena educación se va a notar en ver su pupitre siempre muy limpio y arreglado con mucho orden; guardar atención y compostura para no estorbar ni distraer a los compañeros y ser servicial. Al contrario, una mala educación va a hacer de un niño que llegue siempre atrasado porque es perezoso y sale muy tarde de casa, y que dé muestras de instintos perversos destrozando y manchando de tinta las mesas.

Uno de los momentos más importante de la vida familiar era el de las comidas. En él se dejaba al margen la actividad diaria, y se centraba en la alimentación y en la convivencia. Por eso el Capítulo Quinto se centra en la mesa. Un niño bien educado se va a portar con mucha discreción, porque allí es donde los defectos se ponen más de manifiesto y donde repugnan más a los que han de soportarlos. Esta Cartilla Moderna de Urbanidad aporta una serie de reglas para un desarrollo adecuando de una comida apropiada:

Primera: No ponerse a la mesa sin tener las manos “escrupulosamente” limpias.

Segunda: No tocar nunca la comida con los dedos.

Tercera: No hacer ruido con los labios al beber o al mascar porque es cosa “repugnante”.

Cuarta: Guardarse mucho de dar muestras de entusiasmo cuando presentan algún manjar que mucho le gusta, o de desagrado cuando traen algo que le disgusta.

Los educadores estaban muy preocupados porque el niño o la niña estuvieran seguros de no ser molestos o ridículos en la mesa. Y para ello, ya comieran en casa o en el colegio, se portarían en todo según le enseñen los padres y maestros. Y cuando se hallasen entre forasteros, ordinariamente observarán las mismas reglas que en su casa o en el colegio; en los casos imprevistos tomando por guía el ejemplo de las personas de más respeto y de mayor educación que estén en la mesa con él, conviene sin embargo hacerlo sin llamar la atención y sin ser notado. La glotonería y la intemperancia, propias de las almas envilecidas, debilitan la voluntad, esclavizan el alma y son, además, enemigos de la salud y de la buena conciencia. Por otro lado un niño bien educado evitará oler los alimentos y, una vez probados, hablar de su mal gusto o defectuosa preparación. Tampoco hará pregunta sobre la comida a las personas que le sirven. Resumiendo este capítulo podemos decir que un niño educado ante la mesa:

- 1º) Guardará compostura porque en la mesa es donde se conocen más los defectos.
- 2º) Será condescendiente y afectuoso con sus hermanos y les dará gusto cuando pueda.
- 3º) Rezará las oraciones con devoción.
- 4º) Ayudará, cuando se lo dicen, a poner en orden lo que ha servido para la comida.

Y será mal educado cuando:

- 1º) Desdobla la servilleta el primero, como si hubiera de faltarle tiempo para comer.

- 2º) Quiere ser servido el primero y exige caprichosamente lo que le gusta.
- 3º) Come con los codos en la mesa sin observar que molesta y hace el ridículo.
- 4º) Habla con la boca llena y comete algunas descortesías a un mismo tiempo.

En el Capítulo Sexto aborda las actividades lúdicas de los niños y niñas. Comienza con un planteamiento sobre la utilidad de los juegos y los recreos, ya que según el/los autor/es son necesarios porque distraen y recrean. No obstante pueden ser perjudiciales cuando duran demasiado y se juega por vicio. A continuación plantea este opúsculo la bondad o no bondad de los juegos y al respecto dice: algunos hay que desdican de la buena educación como son los que dan ocasión a tirarse por el suelo, a destrozar la ropa, pegarse, manosearse, etc.

Para los juegos de habilidad y destreza aporta unas normas que se han de cumplir:

- 1ª) Saber ganar sin demostrar excesiva alegría.
- 2ª) Saber perder sin enfadarse.
- 3ª) No hacer trampas ni de broma.

Paralelamente, un niño educado tratará los juguetes y los otros objetos que sirven para jugar con mucho cuidado para no romperlos ni mancharlos. Y en cuanto a las disputas con los otros describe que son siempre muy desagradables y que deben siempre evitarse con mucho cuidado. Debe tener claro que el juego debe darlo por terminado puntualmente así que se lo manden.

Otro tema muy interesante es el de jugar dinero. Un niño (a las niñas se lo tenían prohibido) no juega dinero si no es ante sus padres, y cuando sea mayor, con muy clara autorización de ellos. Sin embargo exclusivamente las niñas

deben ser muy cuidadosas con sus muñecas y mostrar su buen gusto en presentarlas siempre limpias, bien peinadas, bien vestidas y sin roturas, y siempre evitando, en gracia a la modestia, vestir las lujosamente.

Se ofrecen en este tratado unas normas para que los niños y niñas se comporten de una forma educada en el juego:

1. Deben entretener a sus hermanitos y jugar a lo que los otros prefieren.
2. Deben poner paz entre los compañeros que suelen reñir por cosas de poca importancia.
3. No deben quedarse a jugar en la calle porque los compañeros no siempre son buenos.
4. Deben dejar el juego en cuanto se lo mandan y no lo toman nunca con demasiada afición.
5. No deben dar muestras de su mal genio, que a veces les impulsa a ser destructores.
6. No deben emplear a veces la fuerza de la sinrazón chillando, pegando y escandalizando.
7. No deben jugar locamente con cualquiera, en cualquier sitio, a cualquier cosa.
8. No deben prolongar el juego aunque sea con perjuicio y en detrimento de sus obligaciones.
9. Y exclusivamente para las niñas: en los juegos de prendas deben ser discretas, para no molestar ni darse por ofendidas.

El Capítulo Séptimo se dedica a exponer las obligaciones que deben tener cuando van de paseo, ya sea con los padres o con las cuidadoras. Saldrán de paseo solamente cuando sus padres o superiores se lo mandan o se lo permiten.

Aparecen unas reglas definidas a la hora de salir de paseo, y estas son:

- 1ª.- Se presentará rigurosamente aseado.
- 2ª.- Procurará no mortificar a nadie.
- 3ª.- Procurará complacer siempre que pueda.

Un niño o niña bien educada deberá poner especial esmero en el saludo, porque es lo que más exactamente indica los grados que alcanzan su cultura y su educación. Saludará a los parientes, superiores, amigos o conocidos que se encuentran y además a cuantos los padres deseen que se salude. Irá en lo posible por la acera o por la parte que sea más cómodo pasear, cuidando de ceder la derecha al superior. En la situación en la que se dé cuenta de que los padres quieran hablar de cosas reservadas o con los amigos que encuentren, se apartará con prudencia y disimulo para no oír la conversación. Si se encontrara con sus amigos actuará con mucha discreción, sin preguntarles de dónde vienen o a dónde van. En los jardines y parques no arrancará las flores ni destruirá las plantas, respetando así las disposiciones municipales. Asimismo guardará dignidad y silencio en esos sitios cuando se celebren actos públicos y conciertos musicales.

Por lo tanto los niños y niñas deberán comportarse de una forma educada en el juego:

1. Ayudarán a quien se ve apurado y sobre todo cuando sus papás se lo indican.
2. Emplearán el saludo debido y adecuado con discreción y con tino en cada caso.
3. No se apartarán de sus padres al ir de paseo y entregarse a sus juegos favoritos.
4. Sabrán ser finos y atentos cuando se presenta ocasión y siempre que es necesario.
5. No serán atolondrados y trapisondistas y no pondrán de manifiesto su vanidad y malos instintos.

6. No saludarán a voces en mitad de la calle y aunque el compañero esté en un piso alto.
7. Mirarán si lo que hacen es peligroso o si jugando se mancha y destroza la ropa.
8. No se pararán cuando y donde no deban para enterarse de cosas que no les importan.

En los siglos XIX y XX las visitas a domicilio eran una de las actividades sociales más frecuentes que se realizaban. Hoy día, con las prisas y la falta de tiempo en las familias, apenas queda tiempo para realizarlas. El Capítulo Octavo va a desarrollar cómo debe comportarse un niño educado cuando visita una casa acompañado de sus padres, y si lo hace solo siempre será cuando éstos se lo permitan. El niño cuando haga una visita tendrá que tener unos miramientos:

- 1º) Llevar el traje con todo aseo y limpieza.
- 2º) Saludar afectuosamente a las personas conocidas, con algo más de oficiosidad a las extrañas, y muy atentamente a todas.
- 3º) Seguir puntualmente las enseñanzas y consejos que para tales ocasiones le dan los padres, porque el niño obediente siempre es bien educado.

Los niños y niñas en las visitas deberán tener una actitud y compostura natural y sosegada, debiendo tener unas respuestas sin prisa y sin miedo ante lo que se les pregunta. Guardarán buena postura y saludarán respetuosamente a todos. Cuando le pidan algo lo dará sin hacerse rogar. Será siempre atento y obsequioso. Es bueno saber callar y saber escuchar, pero para conseguirlo hace falta tener mucho talento y mucha atención. Cuando se les ocurra irse a otro sitio de la casa para jugar, los niños deberán hacerlo

siempre que se lo permitan y lo harán en cuanto se lo digan o se lo indiquen. En caso de que allí se le ofrezcan regalos o dulces, los aceptarán con amabilidad, teniendo presente que rehusarlos sería mucha grosería. En el caso que no le agradase lo que le dan sabrá disimular para no llamar la atención ni molestar.

Los autores de esta Cartilla Moderna hacen hincapié en la mala educación de un niño cuando es entremetido y curioso, no sabe estarse quieto y falta unas veces por tímido y otras veces por descarado. También cuando muestra impaciencia, es comprometedor y paga caro sus descuidos o sus atrevimientos.

Es importante señalar que toda conducta desinhibida, impulsiva, osada, hiperactiva y de falta de atención eran consideradas como ejemplo de mala educación.

Viajar con la familia sólo se daba en las clases privilegiadas, siempre que no se viajara para emigrar a otros lugares donde hubiera más posibilidades de encontrar trabajo para remediar la pobreza de la clase trabajadora. El Capítulo Noveno va a desarrollar el comportamiento de la infancia en los viajes. Un niño bien educado procurará ser en toda circunstancia la gloria y la corona de sus padres, y demostrará que han logrado darle completa y exquisita educación.

Cuando viaje, el niño deberá ajustarse a:

- 1º) No molestar a nadie en ningún concepto.
- 2º) Soportar con paciencia y disimulo las muchas incomodidades y sacrificios que en los viajes son inevitables.
- 3º) No abusar de la condescendencia de unos ni tratar a otros con demasiada franqueza.

Describe la Cartilla Moderna los tipos de niños que suelen molestar en los viajes:

- 1º) Los caprichosos que van, vienen, interrumpen, preguntan, chillan, etc., sin ton ni son.

- 2º) Los egoístas, que quieren que todos se ocupen de ellos, que los escuchen y que los alaben.

- 3º) Los regruñones que de todo se quejan.

Cuando a lo largo del viaje se le pregunte contestará lo mejor que sabe y muy amablemente, y no se atreverá a hacer pregunta alguna a gente extraña. Si lo saludan se descubrirá y saludará al entrar en el departamento del tren o en el coche, al terminar el viaje, y siempre que entra o sale algún viajero. Guardará mayor consideración con sus papás, a los cuales procura complacer siendo obsequioso, atento y muy obediente.

Si el niño viaja en tranvía y otros vehículos deberá tener un comportamiento con gran corrección y observando siempre los principios de la buena crianza, tales como ceder el paso a las personas dignas de respeto y consideración u ofrecer su asiento o contestar con un saludo respetuoso ante las palabras de gratitud de esas personas.

Por lo tanto un niño estará bien educado cuando en los viajes:

- 1º) Se apresure a bajar el primero para poder ayudar y asistir a los que acompaña.
- 2º) Ceda su puesto siempre que convenga y sobre todo cuando se lo mandan.
- 3º) Sea servicial con los de su familia y en extremo complaciente con sus papás.
- 4º) Sea atento hasta con los empleados y a todos responda con mucha cortesía.

Y será mal educado cuando:

- 1º) Se suba el primero para tomar el mejor sitio y no se cuida de ayudar a los demás.
- 2º) Se ponga de pie encima de los asientos y así comete varias faltas a un tiempo.
- 3º) Abuse sin miramiento de la bondad y de la condescendencia de los viajeros.

4º) Sea un tormento para cuantas personas viajen con él por ser enredón y entrometido.

Otro aspecto que trata este opúsculo es la preocupación de la familia por la trascendencia de la infancia y la adolescencia. Aporta unas normas básicas de comportamiento en los templos (por supuesto templos católicos). Los niños y niñas en esos lugares deberán comportarse con profundo recogimiento y respeto, procurando no distraerse ni pensar más que en Dios y en cosas espirituales. Este recogimiento se conseguirá no hablando sin necesidad muy grande y no dejando ir la vista a todas partes, porque es la casa de Dios. La actitud que desempeñará en los actos religiosos será la de estar de rodillas, de pie o sentado, según le hayan enseñado en casa o en el colegio. Se saludará solamente si están muy cerca y con ligero movimiento de cabeza sin hablar ni dar la mano. Y no se separará nunca de sus padres, y cuando lleve a sus hermanitos más pequeños procurará que no separen de él.

Son descritas unas faltas de urbanidad específicas en el templo:

- 1º) Faltar el respeto a la casa del Señor.
- 2ª) Rezar o leer alto, en forma que distraiga o moleste a los vecinos.
- 3º) Cruzar los pies estando de rodillas o las piernas estando sentado.
- 4º) Correr para coger asiento antes que otros o meter ruido acomodando la silla.

Un niño bien educado en el templo:

- 1º) Entrará con mucho respeto y se adelantará para ofrecer agua bendita a sus papás.
- 2º) Irá a su sitio y rezará de rodillas breve tiempo antes de sentarse.
- 3º) Oirá la Santa Misa rezando o leyendo con devoción y sin estorbar a los demás.

4º) No volverá sin motivo la vista a todas partes con gran escándalo de los que lo ven.

5º) No se apoyará en la pared ni se atreverá a tomar con descaro posturas muy irrespetuosas.

6º) No bostezará con solfa cuando debiera oír el sermón con atención y respeto.

7º) No mantendrá conversación ofendiendo a Dios y escandalizando a los hombres.

Los últimos capítulos abordan los valores más necesarios para los niños y adolescentes de aquellos tiempos, como son la piedad, la caridad, la docilidad, la laboriosidad y la modestia.

Entrenar en la piedad a los niños y niñas desde su nacimiento es una forma de alcanzar la trascendencia cuando sean mayores. Se les inculca que hay deberes que hay que cumplir con Dios, de quien han recibido el cuerpo y la salud, el alma y sus facultades, y de quien esperan la gloria del cielo. Es necesario crear una infancia y adolescencia piadosa. Y para que sea piadosa se debe rezar con atención y devoción, poner por obra los buenos deseos de corrección que se sienten interiormente y tener gusto para cuanto guarda relación con el servicio de Dios. La piedad es grandísimo bien, y quien en ello piensa, nota que por piedad le vienen innumerables beneficios durante toda la vida. Un niño piadoso se encomienda a Dios mañana y tarde, no falta nunca a los rezos y devociones de la familia y los que tiene costumbre de hacer antes y después de la comida. Los rezos de los niños no deben ser largos; lo que sí es interesante subrayar es que lo que no debe faltar es dejar por abandono, tibieza o respeto humano los rezos que se tienen por costumbre y pensar en Dios de vez en cuando durante el día, ofreciéndole todas las acciones y trabajos.

Otro aspecto es la enseñanza de la caridad.

Además de amar a Dios sobre todas las cosas el niño deberá desde pequeño amar a su prójimo como a sí mismo y hacerle todo el bien que se pueda. ¿Y por qué hay que hacerlo? Porque todos los seres humanos son hijos de Dios, porque todos somos hermanos y porque Jesucristo ha muerto por amor de todos. El niño deberá aprender una caridad a lo largo de su infancia que sea verdadera y efectiva, socorriendo unas veces con dinero, ayudando otras con su propio trabajo. Insiste este texto en que el que socorre con amor y de todo corazón, es más caritativo que el que da mucho dinero y no lo hace por amor a Dios ni del prójimo. Se reprueba por tanto la envidia, que es el vicio más opuesto a la caridad.

Es muy interesante el tema de la docilidad en cuanto a la educación infantil de aquellos tiempos. Ser dócil y obediente es la mejor cualidad que puede adornar a un niño. Obedecer y respetar a todo el que es superior por su edad y su dignidad o por el cargo que desempeñe, y más particularmente a los padres y maestros, porque es una obligación muy sagrada corresponder a sus beneficios. Sagrada porque se basa en el Cuarto Mandamiento de la ley de Dios, que dice: “Honrar al padre y a la madre”. Por lo tanto un niño díscolo y desobediente, si no trabaja por corregirse de un defecto tan grave, será mal cristiano, mal ciudadano y muy desgraciado durante toda la vida, según prueba la experiencia. ¿Cuáles son las conductas que nos van a ayudar a descubrir a un niño dócil? En un primer lugar, la de respeto hacia sus padres y profesores. En un segundo lugar la del cariño que les profesa, y, para finalizar, la de la presteza que pone para cumplir cuanto le mandan. Es importante enfatizar sobre lo que dice el autor sobre la obediencia. La obediencia de un niño

bien educado debe ser completa, ajustándose no sólo al mandato, sino al deseo, sin murmurar ni demostrar desagrado. El peso de la religión era importante en la educación, y a veces este peso mitigaba los mínimos derechos de los ciudadanos (incluidos los niños y adolescentes). Obedecer sin rechistar es bueno porque Dios premia la obediencia y castiga al desobediente, porque dice en el Evangelio que quien obedece a un superior le obedece a Él mismo, y el que le desobedece también desobedece a Jesucristo. Aparece al final del capítulo una palabra clave, a mi parecer desafortunada, como es “sumiso” (obediente, subordinado, rendido, subyugado) (no todo es obedecer porque sí, ni desobedecer porque quiero).

Educar al niño en el trabajo es uno de los objetivos de esta cartilla. El Capítulo Decimocuarto está dedicado a ello, a la “laboriosidad” en la infancia y adolescencia. Y comienza con una pregunta sabia: ¿porqué han de trabajar? A la que responde de la siguiente manera: porque es una obligación que Dios ha impuesto a todos los hombres. El pájaro ha nacido para volar, el pez para nadar y el hombre para trabajar. Después aparece otra pregunta no menos interesante: ¿por qué razón han de trabajar además los niños? Y una respuesta clara y contundente: porque únicamente se alcanza el saber trabajando desde la niñez con perseverancia. Continúa con las personas candidatas al trabajo y señala que han de trabajar pobres y ricos, porque todos son seres humanos y es una obligación para todos. Centra en la pereza la causa de todos los males del mundo, porque es la madre de todos los vicios, según advierte la Sagrada Escritura. Los vicios más frecuentes que trae aquella son: la tristeza, la glotonería, la hipocresía, y además es causa de muchas enfermedades. Por eso es

buena la laboriosidad, porque genera en primer lugar la bendición de Dios, y en segundo lugar la satisfacción íntima, y, además, el respeto de los hombres. Con el comerás el pan con el sudor de tu frente enseñado desde la infancia, sin duda alguna y a largo plazo se alcanzan innumerables beneficios materiales, y se obtiene feliz éxito o por lo menos buenos resultados en todo cuanto se emprende.

Los educadores de aquellos tiempos inciden en la “modestia” (Capítulo Decimoquinto) como principal valor para un buen desarrollo y aprendizaje del niño. La modestia es la virtud que más adorna al niño y por la cual está convencido de que todo lo bueno que tiene se lo debe a Dios, por lo cual no se envanece de sus cualidades. Opuestos a este valor están los vicios de la soberbia, que es un amor exagerado de sí mismo, y la vanidad, que busca en todo alabanzas y privilegios. La primera es causa de muchos pecados y atrae la cólera divina, pues Dios ensalza al humilde y humilla al soberbio. La compara con la hiel que amarga y corrompe los alimentos más dulces y sabrosos. También malogra e inutiliza el talento y las buenas cualidades. Los que se envanecen tanto por su riqueza, por su inteligencia o por su hermosura, se pierden fácilmente. Avisa este librito sobre la falsa modestia, que es un defecto muy grave, y lanza esta reflexión en forma de pregunta: ¿es modestia todo lo que parece serlo? Y da la siguiente respuesta: no, a veces es cortedad ridícula y otras veces mala hipocresía. La modestia y la humildad es frecuente encontrarlas en las vidas de los santos.

Finaliza la cartilla con una poesía de Francisco Martínez de la Rosa titulada “Espejo del niño”, que pretende hacer un ideario básico de cómo un niño o un adolescente puede guiarse

por la vida y tener un desarrollo adecuado de su personalidad:

*“Si es bueno y dócil un niño
de todos gana el cariño.
El aseo en la persona
muchos bienes proporciona.
Buen porte y buenos modales
abren puertas principales.
El que de amigos carece
prueba que no los merece.
Dios al humilde levanta
y al orgulloso quebranta.
La calumnia y la mentira
de Dios provoca la ira.
Propio es del justo y del sabio
el perdonar un agravio.
Quien la cólera no enfrena
lleva en la culpa la pena.
Da apoyo y tiende la mano
al enfermo y al anciano.
Nunca trates con desprecio
ni aun al que tengas por necio.
Quien se entrega a pasiones
labra el mismo sus prisiones.
El que es fiel a su palabra
su propio crédito labra.
Pobres o ricos, iguales
son ante Dios los mortales.
Si salud y dicha quieres
pon límites a los placeres.
Siempre que puedas haz bien
y no repares a quién.”*

DISCUSIÓN

“El hombre no es más que lo que la educación hace de él”

Kant

Antes de comenzar este debate debo avisar a los que me leen que esta cartilla está diseñada para niños y niñas de un estatus sociocultural medio-alto, y a lo largo de sus páginas se observan frases alusivas al comportamiento que deben mantener estos niños con los “otros”. Infancias distintas en una sociedad de clases distintas. Esto no excluye que la infancia de familia obrera no tuviera una urbanidad similar en lo principal que se enseñaría en la escuela y en sus humildes hogares.

Paralelamente, a la vez que se leen sus páginas, al referirse a los niños y niñas no se especifica una edad determinada, ni los distribuye según los cursos como suele hacerse en nuestros días.

A lo largo de sus sesenta y cuatro páginas se observa un ideario pedagógico estricto y sometedor, donde los límites entre los que mandan y los que tienen que obedecer son infranqueables. Muestra con total claridad que la jerarquía es un valor indiscutible y que la infancia y la adolescencia tenían que asumir quienes eran sus superiores en comparación con sus iguales (Capítulo Séptimo), y que aquellos siempre eran dignos de respeto. Un fin evidente que se observa es dar toda la prioridad de enseñanza a los padres y a los maestros, en la totalidad de las áreas educativas. Padres y maestros deben estar de acuerdo para una educación única. Sin duda alguna esta última premisa estaba estructurada así a principios del siglo XX. Por lo tanto hay que tender a lograr un equilibrio entre lo de antes y lo de ahora. Ni tanto ni tan poco. Lo que está claro es que hay que rescatar valores perdidos.

La “obediencia” era un paradigma de la buena educación. Obedecer y respetar a todo el que es superior por su edad y su dignidad o por el

cargo que desempeñe. La jerarquía era admitida por todo el mundo. Ser anciano y persona digna merecía obedecerla y respetarla. No obstante, no todos los ancianos, las personas con dignidad y las autoridades eran merecedoras de obediencia y respeto; sin embargo se daba por hecho, y habría que analizar los abusos que podría conllevar esa actitud en una ciudadanía que aceptaba la jerarquía (no es todo el mundo igual) como una norma de convivencia. Respetar y obedecer a los padres y maestros conllevaba de forma implícita una serie de beneficios para todo el mundo, en especial para los niños y adolescentes.

Ser dócil supone tener “respeto”, “cariño” y “presteza” hacia las personas que le “mandan”. Hago hincapié en el verbo “mandar” y no “pedir” ni “suplicar”. El niño daba por hecho que las figuras que generaban autoridad “mandaban”. ¿Quiénes mandan hoy día en la sociedad? Hoy día se ha pasado de un estado de “sumisión” a una pura y dura “altanería”. No sólo insumisión o desobediencia, sino que llega a asociarse la desobediencia a la altivez y a la soberbia.

Para que un niño o niña se puedan educar favorablemente en casa o en la escuela deberán recibir con humildad correcciones y reprimendas. Es importante enfatizar lo que dice el autor sobre la obediencia. La obediencia de un niño bien educado debe ser completa, ajustándose no sólo al mandato, sino al deseo, sin murmurar ni demostrar desagrado. Creo que nos da una forma nueva (¡dicha en 1.920!) a aplicar en la infancia y adolescencia tanto en sus hogares como en sus colegios e institutos. Sin embargo, Emilio Calatayud describe magistralmente otra realidad, que es la que sufrimos todos los que tratamos a niños y adolescentes. Este juez de menores indica que “autoridad, disciplina y

esfuerzo parecen conceptos que hubieran quedado anticuados al hablar de educación. Se ha pasado del padre autoritario al padre colega, del maestro de la palmeta al maestro amiguete de sus alumnos. Hay miedo de hablar del principio de autoridad. Ahora todo vale. Y no hay autoridad en los padres, en la escuela y en quienes nos gobiernan. Hoy día parece que educar es interferir. Esta sociedad está creando una infancia que no tolera la frustración, no admite el no, tan necesario en una buena educación. No se potencia la honradez, el esfuerzo ni el trabajo. El poder corrector sobre los hijos, que tradicionalmente detentaban los padres y maestros, parece que ahora es más bien tarea de los jueces de menores. Se incide más en los derechos del menor que en sus obligaciones. Los niños y niñas tienen deberes en casa. Tienen el deber de estudiar, el deber de obedecer y respetar a sus padres, el deber de echar una mano en casa y ayudar a sus hermanos. Y los padres tienen la obligación de ejercer como padres, obligando a los hijos a que en horario escolar estén en la escuela y no en la calle”.

La educación actual, permisiva y desorientada; la exigencia de derechos y el rechazo de deberes por parte de los menores, junto al mal uso de las nuevas tecnologías (Internet, redes sociales), son motivo de conflictos y delincuencia. La Fiscalía General del Estado refleja un incremento de un 56% de las denuncias por agresiones físicas de hijos a padres, y un 12% de los docentes ha sufrido secuelas físicas en enfrentamientos con sus alumnos según el sindicato de profesores ANPE. Por lo tanto, hay que retomar de nuevo el aprendizaje de la obediencia. Ricardo Moreno Castillo, autor del Panfleto Antipedagógico, propone que la educación sea autoritaria, sin complejos.

Antonio Muñoz Molina reseña en cuanto al aprendizaje del conocimiento en la infancia y la adolescencia en nuestros días que “el lenguaje de la infancia y la adolescencia está sumido en una niebla mental gracias a los pedagogos o expertos en pedagogía, cuyo mayor éxito en los últimos treinta años ha sido despojar a varias generaciones de las herramientas intelectuales para comprender racionalmente el mundo y para ejercer con soberanía y responsabilidad la ciudadanía. Se han propuesto, y parece que lo están consiguiendo, el estado de penuria mental en el que ellos viven. En aras de alcanzar fines políticos, y no es casualidad, la Historia ha sido una de las asignaturas, junto a la Geografía, que más han hecho por eliminar los pedagogos, con el argumento peregrino de que no son saberes que se puedan adquirir por la experiencia directa. Y un claro ejemplo es lo que ocurre en mi tierra andaluza. Aquí existe desde hace tiempo una sociedad clientelar y abrumadoramente despojada de la iniciativa cívica y dinamismo económico que está aletargada en la complacencia por un relato histórico narcisista y novelero del pasado”.

Retomando la lectura de esta Cartilla Moderna, aparecen en el Capítulo Cuarto unas normas básicas contra el actual bullying. La paciencia, el cariño y la ayuda en todo lo que se pueda y esté permitido son piedras angulares de unas buenas relaciones entre compañeros. Y recalca la necesidad de evitar molestar a sus compañeros y reírse o burlarse maliciosamente de ellos cuando se equivocan al dar las lecciones.

Al abordar el área orolímienticia (Capítulo Quinto) se observa un nivel de represión absoluta ante las manifestaciones positivas o negativas frente al hecho de comer. Es de destacar la preocupación del autor de la Cartilla por los

escrúpulos en la alimentación. Si comparamos el comportamiento actual de toda la familia frente a la mesa con el comportamiento de la familia española de hace un siglo podemos sorprendernos. Los estilos de hoy son totalmente diferentes a los de antaño. Hoy día todo está centrado en la prisa por los horarios laborales de los padres y escolares de los hijos, y esas pautas que recomiendan es imposible aplicarlas en la actualidad por la falta de tiempo y por el hecho en sí de que ha desaparecido esa línea divisoria entre padres e hijos, promoviéndose un igualitarismo familiar que ha perjudicado a todos sus miembros, con las repercusiones que está teniendo este en la sociedad.

Está claro que los niños y niñas deben tener un aprendizaje en los “principios de la buena crianza” (¿actualmente se plantean los padres una buena crianza? ¿Saben ellos la diferencia entre la buena y la mala crianza?). Otro aspecto es que deben aprender a distinguir entre la gente a aquellas personas dignas de respeto y consideración (¿Dónde está hoy día el darse cuenta de esas personas? ¿Qué valores deben percibir de los otros para que caigan en la cuenta de que deben tratar a esas personas con el respeto y consideración que se merecen?).

A veces el control de los adultos sobre la infancia y la adolescencia es de tal magnitud que quieren fiscalizar la psicomotricidad natural de estas edades del ser humano (me refiero al control postural en la iglesia que se expone en el Capítulo Décimo). Reitero, y ya lo he dicho anteriormente, que llama mucho la atención la importancia que se da al hecho de estar de rodillas (¿enseñar la sumisión? ¿Demostrar posturalmente las diferencias jerárquicas?).

Creo que es conveniente resaltar los valores y antivalores (“vicios”) que aparecen a lo largo

de este opúsculo.

En primer lugar empecemos por los valores que existían en aquella época. El “respeto” hacia las personas y lugares, que tiene gran peso a lo largo de la lectura de sus páginas. Se estimula desde la más tierna infancia a que hay que aprender del que más sabe, y por lo tanto es importante modelar el sentido de “referencia” y de ser un simple educando (Capítulos Quinto y Noveno). Hojeando un artículo sobre “Educación en valores”, escrito por M.A. Barroso, me llamó la atención la frase diana: “familia y escuela, un trabajo en equipo”, y en él hallamos este texto: “la falta de respeto a los profesores parte de la propia irreverencia hacia los padres. Es necesario que las familias, que ha dimitido de su labor educadora, la recuperen y colaboren activamente con los centros”. ¿Ahora descubren esta verdad después de darlo por hecho en esta simple Cartilla Moderna de Urbanidad publicada en 1.929? ¡Es increíble que después de un largo camino hacia la libertad y el bienestar del ser humano nos encontremos en algunas cosas antes del siglo XX!

Otros valores que se describen son la “voluntad”, la “condescendencia” y el “afecto hacia los otros” (Capítulo Quinto). Es imprescindible rezar (o meditar o pensar, como se quiera), pero con un fin específico de agradecer por todo lo que se tiene en comparación a otros que no tienen tanto (rezar al levantarse de la cama, antes de comer y al acostarse por la noche). Otro valor, y para mí ha sido un gran descubrimiento, es el de saber esperar (la “espera”). En una sociedad donde el tiempo se vive precipitadamente no cabe la espera. Esta ha sucumbido y ha sido sustituida por el “ya”, por el “ahora mismo”. Paralelamente se ha creído que la duración del bienestar (tiempo adecuado con un

principio, desarrollo y final) es imperecedera. Leyendo las páginas de esta cartilla nos vamos a encontrar tesoros que pueden servir para el ser humano del siglo XXI. Saber ganar sin demostrar excesiva alegría y saber perder sin enojarse. Cuidar (atender, asistir, responsabilizarse, velar, proteger, defender) y no destrozar los juguetes (empatía hacia “lo otro”) ¿Ser pulcro es un valor? Evitar las disputas y promover el acuerdo y la concordia. Es bueno ser solidario y modesto (humilde, sencillez, llano, recatado, decente, honesto, decoroso, pudoroso). Es necesario conservar y respetar la dignidad de los otros y de lugares merecedores de dignidad. Cuidarse y cuidar lo que le rodea (personas y lugares). “Tener miramiento” (Capítulo Octavo). Tener una actitud y compostura natural y sosegada. Ser “atento y obsequioso”. Es bueno saber callar y saber escuchar, pero para conseguirlo hace falta tener mucho talento y mucha atención (luego todo infante y/o niño hiperactivo no podría cumplir esta norma). No obstante debemos decir que los pedagogos de aquellos tiempos no se planteaban la posibilidad de contemplar unas excepciones dentro de la norma impuesta desde la autoridad, y no había contemplaciones.

Cuando se aborda el comportamiento en los viajes (sólo viajaban las clases acomodadas) se recomiendan la “paciencia” y el “disimulo” para “soportar” las “incomodidades y sacrificios” del camino (forma precoz de aprender las incomodidades y frustraciones que se van a encontrar a lo largo de la vida). Otros valores son “ser obsequioso”, “ser atento” y “ser obediente”, “ser correcto”.

Al abordar la educación de la vida trascendental (Capítulo Décimo) hay una recomendación: se debe estimular la capacidad de “recogimiento” (de apartar o abstraer el espíritu de todo lo

terreno que le pueda impedir la meditación o contemplación). Desde pequeño es imprescindible la estimulación de la capacidad de conectar con uno mismo dejando a un lado todos los estímulos que le llegan del exterior. Eso le puede servir en la vida futura no sólo para entrar en la espiritualidad, sino en meditar lo conveniente o no conveniente de las decisiones propias. Hay que recuperar de nuevo la “piedad” (¿educar al niño en la piedad es bueno para él? ¿La piedad es un enorme bien, y quien en ello piensa, nota que por piedad le vienen innumerables beneficios durante toda la vida?).

Otros valores que aparecen en esta obra son los de la “caridad”, la “bondad”, la “docilidad” (que va muy unida al respeto), la “laboriosidad”, la “modestia” y la “generosidad”. Con respecto a esta última, de nuevo Antonio Muñoz Molina refiere que en estos tiempos no es frecuente encontrar la generosidad como valor de cambio. Es frecuente encontrar una “una infancia y adolescencia sin educación pública”, que “están indefensas frente a la charlatanería. Charlatanes, lenguaraces peligrosos que se dirigen a niños, niñas y adolescentes y les dicen que “ellos” son el centro del mundo, que sólo tienen que pedir por esas bocas para alcanzar lo que desean, que lo que no es divertido no puede ser interesante”.

Trabajar es una obligación para el ser humano. Desde que nacemos, el trabajo no es una opción sino una obligación. Esa es la diferencia con los pájaros y los peces, cuyas obligaciones son el volar y el nadar. En nuestra utopía por ejercer el libre albedrío soñamos que podemos volar o nadar como opciones más libres que trabajar. En los últimos treinta años hemos impuesto, los adultos que sufrimos (¿?) la educación represiva de nuestros padres, una edu-

cación con un sentido de la libertad en el que todo se puede cuestionar. Uno de estos aspectos es el trabajo como una opción que la mayoría de las veces tiene que ser satisfactoria. Hemos vendido a los niños y niñas que el trabajo es un derecho y no una obligación, con todas las consecuencias negativas que ello ha traído. Sólo a través del trabajo (estudiando o no) se es capaz de saber, y es a través del conocimiento como pueden ser libres cuando lleguen a ser adultos. Y para que esto se alcance, esta cartilla propone otro valor perdido en estos tiempos: la “perseverancia”. Este valor está muy unido al concepto de tiempo. El tiempo en la actualidad, debido a los avances de la comunicación, es rapidísimo y está conectado con el “ya”, y no concibe la elongación de aquel, cuyo máximo exponente es la “espera”, que en su día se aliaba con la “perseverancia” para alcanzar todo objetivo real. Por lo tanto, la “laboriosidad” incide en la autoestima personal y consigue a largo plazo una inestimable y desconocida meta: el “respeto” de los demás. Aliada de la “laboriosidad” es la “diligencia”. Un niño diligente se levantará pronto sin que tenga que ser llamado, no dejará para mañana lo que podría hacer hoy ni permitirá que otros trabajen por él. Será muy puntual y por eso encontrará tiempo para hacer sus deberes; cree que el tiempo vale más que el dinero y no lo pierde ni lo emplea mal. Esta última frase es motivo de meditación de padres y maestros actuales, porque expresa todo lo contrario a lo que están acostumbrados los seres humanos de este funesto estado del bienestar: el dinero y la fama son lo más importante de este mundo, y el que trabaja constantemente hoy día es gilipollas (gilí, tonto, lelo, según el DRAE).

Y para finalizar, nos vamos a centrar en la “modestia”, que hoy día es un valor que está

prácticamente desaparecido. Es necesario para el niño que comienza a vivir que sepa *hacer el bien en secreto siempre que tenga ocasión sin pensar más que en Dios. Tampoco debe avergonzarse de sus padres aunque sea de familia de humilde condición. Una niña o niño modesto no huye de la compañía de otros niños menos ricos que él con tal que sean buenos, y le gusta ser útil ante niños menos ricos o menos instruidos que él.*

Pasemos ahora a exponer los antivalores (defectos, flaquezas) observados en este opúsculo. En primer lugar vamos a abordar la “pereza”, es decir, la madre de todos los vicios, que se manifiesta en los seres humanos desde que nacen de dos formas diferentes: o no cumpliendo con la obligación que uno tiene que cumplir o cumpliéndola mal y fuera del tiempo determinado. Ante dicha aseveración tenemos que salir en defensa de los niños afirmando que hoy día se está demostrado que la celeridad o la tardanza de estos en sus deberes va a depender de muchos factores, como son la lentitud psicomotriz, la atención, etc. No obstante, hay niños que al ser perezosos comienzan mal el día dando un disgusto a sus padres. Como se levantan tarde siempre llegan tarde al colegio porque nunca salen a tiempo de casa, y todos los días les importa poco matar el tiempo y perderlo neciamente. No obstante, no estamos de acuerdo con una frase del autor sobre el niño perezoso que dice: pierde mucho tiempo cada día porque se entretiene y distrae en cualquier cosa. Está claro que en aquella época no se tenía aún conocimiento claro sobre las dificultades en la atención de ciertos niños y niñas como se tiene en la actualidad.

Otro antivalor es la “glotonería”. El consumo excesivo de caramelos y golosinas en aquella

época era considerado como una cosa mala para la infancia. Compárese con el consumo desahogado y permitido de chuches, palomitas, refrescos, etc. por la sociedad actual. Emparejada a aquella está la intemperancia. La “intemperancia” es la falta de templanza, es decir, la carencia de moderación, sobriedad y continencia. No olvidemos la influencia de la religión en la educación de entonces. La templanza es una de las cuatro virtudes cardinales, que consiste en moderar los apetitos y el uso excesivo de los sentidos, sujetándolos a la razón. Estos dos defectos debilitan la voluntad y esclavizan el alma, y son enemigos de la salud (¿obesidad? ¿malnutrición?) y de la buena conciencia (¿dónde se halla actualmente la “buena conciencia”? ¿Qué es eso?). Como verán son conceptos muy actuales que se deberían discutir en un foro adecuado.

No es bueno permitir a los niños y niñas y adolescentes, ya sea en casa o en la escuela, el exigir y obtener las cosas deseadas aquí y ahora. Tampoco son valores molestar a los demás, hacer el ridículo y ser descortés. No es bueno para los niños el aprendizaje de la inmodestia, la vanidad, la indecencia y la abundancia. No es bueno tampoco ser atolondrado, trapisondista, ser vanidoso, tener malos instintos y ser curioso.

La “soberbia” *hace mirar con arrogancia a los compañeros como si todos valiesen menos que él. Un niño o niña soberbio busca las adulaciones del espejo y se preocupa de que todos le admiren, hace ostentación de sus triunfos a las veces más imaginarios que reales y aparenta siempre un poco más de lo que verdaderamente es en realidad.*

Como aparece en el Capítulo Sexto: ¿es un antivalor el hecho de “mancharse”? ¿Es conveniente mancharse cuando pequeño y ver las

consecuencias para “no mancharse” de mayor? Son preguntas que me hago a lo largo de la lectura de esta cartilla.

Y para finalizar, apporto otros antivalores que aparecen en este tratado: el ser “caprichoso” (que obra por capricho y lo sigue con tenacidad), el ser “egoísta”, el ser “regrunón” (quien muestra disgusto y repugnancia en exceso en la ejecución de una cosa, murmurando entre dientes), y el “ser enredón y entrometido”, sin dejar a un lado la “maldad”, la “dureza”, la “envidia”, la “crueldad” con los seres humanos y animales, el “despotismo”, la “desobediencia”; porque ser “díscolo” y “desobediente”, es ser mal ciudadano y muy desgraciado durante toda la vida, según prueba la experiencia.

BIBLIOGRAFÍA

1. “Cartilla Moderna de Urbanidad”, Editorial F.T.D. (Niños), 3ª Edición, Barcelona, 1.929.
2. “Cartilla Moderna de Urbanidad”, Editorial F.T.D. (Niñas), 3ª Edición, Barcelona, 1.929.
3. Armada, A: “Educación en valores: devolver a la escuela su papel de instrucción”, Diario ABC de Sevilla, pág.50, 19-10-2.010.
4. Barroso, M. A: “Educación en valores: Familia y escuela, un trabajo en equipo”, Diario ABC de Sevilla, pág.46, 18-10-2.010.
5. Campelo, S: “Maestro, profesión de riesgo”, Diario ABC de Sevilla, pág.66, 18-11-2.010.
6. García, P: “Sevilla, a la cabeza andaluza en casos psicológicos y violencia a docentes”, Diario ABC de Sevilla, pág. 27, 19-11-2.010.

7. Hernández, M: Armada, A: “Educación en valores: menos política, más principios y voz a los profesores”, Diario ABC de Sevilla, pág.50, 20-10-2.010.
8. Martín, R: “Entrevista a Emilio Calatayud”, en LA TAREA DE EDUCAR: Panorama de Libros “MERCURIO”, nº 125, págs. 10-12, noviembre 2.010.
9. Muñoz Molina, A.:” Una cuestión de clases”, en LA TAREA DE EDUCAR: Panorama de Libros “MERCURIO”, nº 125, págs. 8-9, noviembre 2.010.